

Sociedad y Cultura

LOS HIJOS CATALANES DE LAS 'DIDES' (I) ► LA HERMANDAD DE LOS ABUELOS DEL CCCB



Historia. La sede del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB) fue hasta 1957 la Casa de la Caritat. Allí se reúne cada jueves una veintena de supervivientes de esa inclusa, que desde 1922 y hasta su cierre envió a muchos críos a Eivissa para que fueran amamantados por 'dides' a cambio de una pequeña paga. A esa cita semanal en el CCCB aún acuden cuatro expósitos 'ibicencos', cuyas vidas recupera Es Diari en una serie de reportajes.

Los 'ibicencos' de la Casa de la Caritat

► Decenas de huérfanos barceloneses fueron cuidados en Eivissa por sus 'dides' hasta 1957. Cuatro de ellos, amamantados por ibicencas a finales de los años 30, aún se reúnen cada jueves en la antigua inclusa de Barcelona, ahora sede del CCCB, para rememorar su pasado

José Miguel L. Romero
BARCELONA



■ Como cada jueves, la cafetería del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB), en la calle Montalegre (Ciutat Vella), bulle a mediodía. No son los jóvenes estudiantes de las facultades de Filosofía y de Geografía e Historia, situadas justo en la acera de enfrente, los que la montan, sino dos decenas de enérgicos y alegres abuelos. En una mesa se sientan las mujeres y en otra los hombres. Cada semana quedan allí para hacer memoria, para enseñarse e intercambiar las manoseadas fotos que tantas veces han visto y comentado antes y, sobre todo, para hacer piña: nadie mejor que ellos puede comprender lo que han vivido. No quedan en ese bar por capricho: los gruesos muros sobre los que en los años 90 del pasado siglo se creó el CCCB pertenecen al que fue su antiguo hogar y cobijo, la Casa de la Caritat. Allí fueron depositados poco después de nacer. A falta de sus padres, allí fueron criados por las monjas de San Vicente de Paúlo.

No pasan lista, pero en cuanto alguien se retrasa o finalmente no llega a la cita semanal, saltan las alarmas. Muchos sobrepasan ya los 80 años y arrastran achaques propios de la edad. Se llaman a sí mismos los últimos de la Casa de la Caritat. Son su última generación. Y cada vez son menos. Recuerdan comidas de hermandad a las que acudía casi un centenar, pero tampoco olvidan que en la última cena anual no llegaban a los cincuenta.

La hija de la monja

Son mayores, pero están llenos de vitalidad. Bulliciosos, bromean constantemente. Eso sí, en público corren un tupido velo sobre sus pesares («la procesión va por dentro», afirman) y los malos ratos pasados. Y eso que las vidas de algunos son auténticos culebrones. María Luisa Salazar muestra orgullosa las fotos de una monja que trabajaba en la Casa de la Caritat y que le atendía «mejor que a las otras niñas». Entre ellas existía una «gran afinidad», una relación que se mantuvo cuando Luisa abandonó el hospicio. La monja dejó entonces los hábitos. Compartieron incluso vacaciones y

Llegaban a Eivissa con una chapa colgada al cuello: en una cara aparecía su número; en la otra, la Virgen del Carmen

baños en la playa, en los que Luisa vio que la exreligiosa tenía una mancha en un muslo muy parecida a la que le había salido a su hija en esa misma pierna. Cuando aquella mujer murió, la madre superiora de las monjas se puso en contacto con Luisa para contarle que tantos cuidados y mimos no eran casuales: provenían de su madre biológica.

Lo que ahora es el CCCB fue, hasta 1957, la Casa de la Caritat, un hospicio muy vinculado a Eivissa. Desde el año 1922 y hasta 1955 decenas de huérfanos catalanes fueron enviados a las Pitiüses para que aquí los amamantaran y cuidaran las *dides*, unas mujeres dispuestas a darles el pecho y a alimentarlos a cambio de algo de dinero, cantidades poco importantes pero que eran bienvenidas entre las familias más humildes de la isla. Cada jueves aún acuden a la cafetería del

Centre de Cultura cuatro de aquellos bebés 'ibicencos': son Lluís Álvarez Alonso, José Mas, Antonio Alonso Sánchez y José Agrés Rovira. Pero hubo muchos más, decenas. Durante la Guerra Civil, 183 de aquellos expósitos quedaron atrapados en la isla, ya que entre 1936 y 1939 Eivissa formó parte del bando nacional y Barcelona del republicano, según contó Sonia Díez en el reportaje 'Los hijos de la inclusa' publicado en 1999 en este diario. Quedó asimismo congelada la paga que las *dides* cobraban por cuidarlos (135 pesetas al trimestre en 1925, según Díez), que solo percibían en el caso de que, periódicamente, demostraran que las criaturas se encontraban en perfectas condiciones.

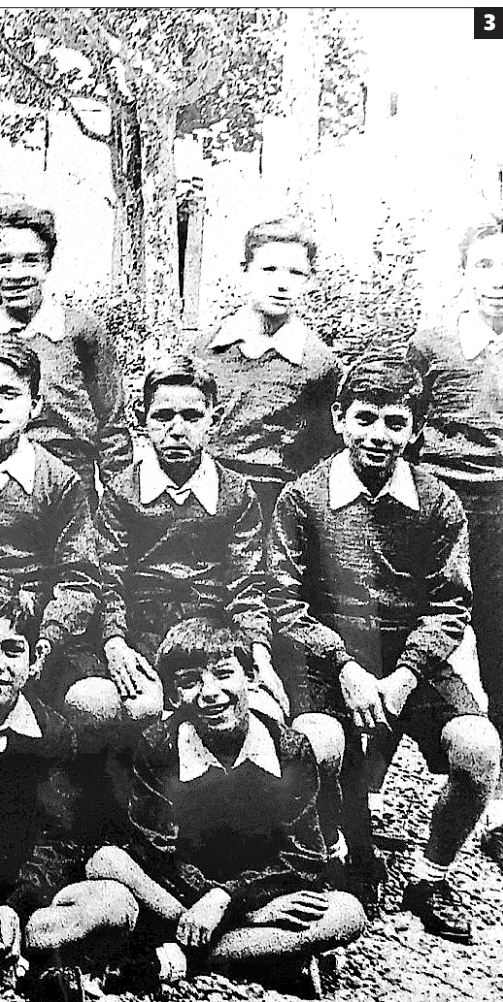
Una decena en es Figueral

El paso de aquellos huérfanos por Eivissa fue registrado en los padrones municipales de la época. En el de 1935 de Santa Eulària aparecen una decena de casos, casi todos en la apartada y rural es Figueral. Aquellos niños (Miguel, Luis, Aurora, Antonio, Monserrat, Rosa, Francisca, Jorge...) procedían de Barcelona y fueron inscritos como 'expó-

sito', 'hijo adoptado' o 'beneficencia'. Salvo un caso, una niña que llevaba una década en la isla, el resto eran bebés llegados en barco con solo unos meses de vida, a veces con solo días de edad. Según los padrones de Sant Josep y Santa Eulària vivieron junto a cuatro, seis y hasta siete 'hermanos de leche' más. En algunos casos debían compartir también pecho, pues los hijos de las *dides* tenían su misma edad o solo se llevaban un año.

Una chapa colgada al cuello

Las encargadas de traerlos desde Barcelona eran Margarita y Antonia Verdera, madre e hija, según desveló Sonia Díez en aquel artículo y confirma Lluís Álvarez, que conoció a Antonia cuando en 1967 visitó Eivissa en su viaje de bodas con la intención de localizar a sus *didos*. Eran, según Díez, «dos mujeres corpulentas de pelo blanco que hacían de intermediarias en la crianza de niños abandonados». En cada barco correo, que partía de la Ciudad Condal los miércoles, traían a uno o dos pequeños, tal como también detalla Carme Maristan en 'Records d'Eivissa'. En ese relato au-



► **LOS ÚLTIMOS** de la Casa de la Caritat. **1** Cada jueves celebran una comida de hermandad en el restaurante Victoria de Barcelona. **2** Antonio Alonso en el patio de la inclusa donde vivió buena parte de su infancia. **3** J. M. L. R. **4** Expósitos de la Casa de la Caritat. En esta imagen aparecen José Agrés (abajo, en medio), serio y con los brazos cruzados, y Antonio Alonso (abajo, a la derecha), riendo. **5** A. A. **6** Lluís Álvarez y José Agrés en el patio de la Casa de la Caritat. **7** J. M. L. R.

tobiográfico Maristan explica que en el barco en el que venía a Eivissa de vacaciones se encontró con una mujer de mediana edad y dos niños «que ni debían tener más de un mes», uno, y «tres o cuatro meses», el otro. Le llamó la atención que ambos llevaban colgadas del cuello unas pequeñas chapas atadas a un cordón. En la cara de la placa había grabado un número (que servía para identificar a los chavales); en el reverso, la imagen de la Virgen del Carmen. «A cambio de unas monedas», algunas familias ibicencas necesitadas aceptaban cuidarlos, le contó la mujer: «Todos los miércoles llevo alguno y siempre hay quien pide criaturas a cambio de unas pesetas», añadió.

En ocasiones la relación con los huérfanos era tan intensa que los *didós* solicitaban su adopción, aunque no siempre prosperaba esa petición. Aun así, posteriormente solían mantener el contacto... en el caso de que unos y otros consiguieran recuperar los lazos, que no siempre ocurría porque la Administración les puso innumerables barreras para esos reencuentros, aseguran. Lluís Álvarez, por ejemplo, no ha logrado encontrar a sus 'padres' ibicencos, a sus *didós*, pese a que lleva 60 años empeñado en ello y a que ha viajado numerosas veces a la isla. Incluso puso anuncios en este diario, sin éxito. Solo la fortuna le permitió saber quién era su madre. A Lluís, nacido en 1935, lo mandaron a Eivissa con pocos meses. Quedó atrapado en la isla hasta que acabó la Guerra Civil, momento en que fue devuelto a Bar-

celona.

Cuando Lluís vino a Eivissa de viaje de novios, conoció a Antonia Verdera, quien quedó con él en que le desvelaría quiénes habían sido sus padres ibicencos. Pero se marchó finalmente de la isla hacia el nuevo destino de su viaje (San Sebastián) sin obtener antes esa crucial información.

'Adoptados' para trabajar

Como Lluís (sus colegas le llamaban *Cavall*, por los mordiscos que daba cuando se enfadaba), la mayoría desembarcaban en la isla con solo unos meses de edad y eran devueltos a la capital catalana cuando cumplían entre cinco y seis años. Tras una breve estancia en la Casa de la Caritat solían ser de nuevo 'adoptados' (pero no legalmente) por campesinos catalanes que los utilizaban para las duras tareas agrícolas, solo a cambio de comida y techo. Muchos recuerdan ese periodo de su vida como de severa explotación.

Tras el café en el CCCB, los veinte abuelos de la inclusa caminan un centenar de metros hasta el bar-restaurant Victoria, en la calle dels Àngels, donde también cada jueves comen juntos. José Agrés, que siendo un bebé fue cuidado por una humilde familia de Sant Joan, no se apunta. Es el único que parece resentido por su experiencia en la Casa de la Caritat, algo que algunos compañeros le reprochan, y por cómo le ha tratado a veces la vida. La mayoría asegura que el trato en aquel orfanato ni fue tan malo ni las monjas tenían las manos tan largas,

A Antonio le acogieron en Santa Agnès; a Agrés, en Sant Joan; a Mas, en Santa Eulària. Lluís no lo sabe aún

Cada jueves, los veinte abuelos toman un café en el bar del CCCB y luego comen en el cercano restaurante Victoria

aunque «alguno recibió alguna bofetada, sí, pero porque se la merecía», indica Llorenç Samaniego, *Sami* «de nombre artístico», exchófer de la Diputación de Barcelona, un vivaracho setentero que derrocha energía. *Sami* solo siente gratitud: «Y lo malo lo olvido». Asegura que «el 85% de los que de allí salieron» triunfaron en la vida, bien en los negocios o como artistas, pues los educaban para varias profesiones y como músicos. El Liceo estaba cerca y de vez en cuando rescataba a algún niño prodigio.

Justo cuando reparten sobre la mesa los primeros platos del menú aparece Antonio Alonso, otro niño 'ibicenco', ataviado con gorra de visera y protegido con un plumas y, debajo, un forro polar. Cuenta que por la mañana se cayó nada más levantarse de la cama, una bajada de tensión producida, dice, por las bajas temperaturas matutinas. Tiene 80 años, pero aún trabaja en su lavandería, Auto Sec, en Horta, una de las siete que llegó a fundar. Un desenraigo amoroso y su empeño (un denominador común entre los huérfanos criados por *didés*) le condujeron hasta sus «padres ibicencos».

En los casos de Lluís y de Antonio, sus dos apellidos coinciden con los de sus madres. El padre de Lluís murió atropellado por un tranvía y su madre, Isabel, perdió la pista de su hijo cuando cayó enferma tras parirle. Pese a buscarlo desesperadamente, no volvió a verlo hasta una veintena de años más tarde y gracias a una casualidad. Antonio fue fruto de una violación. Como en algunos otros casos –el de Lluís es muy similar–, posiblemente fue enviado a Eivissa sin el conocimiento o consentimiento explícito de su madre, o quién sabe por qué otra decisión administrativa, ya que el control estuvo en manos de la Diputación Provincial de Barcelona hasta que la Generalitat catalana tomó las riendas entre 1932 y 1936. La Guerra Civil y la burocracia dificultaron durante lustros el reencuentro, pero Antonio logró, casi al mismo tiempo, dar con el paradero de su madre biológica y con el de sus padres pitiusos, que vivían en Santa Agnès y que le adoraban, hasta el punto de que lucharon por su adopción (sin éxito) cuando la Diputación de Barcelona reclamó su retorno a Cataluña.

Apellidos inventados

José Agrés Rovira, sin embargo, descubrió que sus apellidos eran falsos: «Selos habían inventado», dice. Nunca logró saber quiénes eran sus padres, pero sí las personas que le habían cuidado en Sant Joan durante apenas unos meses. Se trataba de una familia payesa que vivía en unas condiciones muy humildes, según pudo comprobar cuando los localizó años más tarde y

EL DATO

EL DOCUMENTAL 'Temps de Caritat'

► Joan López Lloret es el director de 'Temps de Caritat', el documental que recoge las entrañables vivencias de los supervivientes de la Casa de la Caritat de Barcelona. La cinta, de 62 minutos, fue estrenada a principios de este año.

convivió con ellos durante un mes. Eran tan pobres, afirma, que como cucharas solo tenían mejillones. El único vaso para toda la familia era una lata de leche condensada. José Mas tampoco se apellidaba así. De hecho se lo cambió cuando averiguó que tenía un hermano gemelo en Eivissa al que habían adoptado sus *didós*. A partir de él pudo conocer su procedencia y apellidos reales... aunque para sus amigos de la inclusa sigue siendo Mas.

Rabia, niña, tacaño...

Durante la comida en el restaurante Victoria (en la que Antonio Alonso cede todas las gambas de su paella a Lluís, cosas de la hermandad que los une; casualidades del destino, incluso hicieron la mili juntos en Lleida), la conversación se centra en la época en la que compartieron la abuhardillada tercera planta de la Casa de la Caritat. *Sami* hace una serie de signos con las manos para mostrar hasta qué punto tenían que espabilar allí dentro: «A ver, ¿qué significa esto?», reta a los presentes mientras golpea tres dedos contra un puño o se pasa suavemente una mano por la cara o por una oreja como si jugara al mus. A cada señal contesta rápidamente el pizpireto Antonio, mientras Lluís acierta solo algunas veces: «Rabia, niña, tacaño, hombre, pan con chocolate, monja...», suelta raudo Antonio, para sus amigos *Niero* (asillado por un problema infantil de dicción). Aprendieron el significado de esos signos en aquel último piso de la Casa de la Caritat, donde los niños dormían en un ala del edificio y las niñas en otra. «Era la única separación, porque allí estábamos todos revueltos», comenta *Sami*. Estaban revueltos con «ciegos y mudos», de los que aprendieron su lenguaje para comunicarse. «Eso no ocurre en la vida corriente. Eso nos espabiló», añade.

Cada jueves, los cuatro 'ibicencos' de la Casa de la Caritat comparten sus recuerdos y sus experiencias, pero ante todo mantienen esos lazos invisibles que los han unido desde hace ocho décadas. Un denominador común subyace en sus vidas, como en las de los huérfanos acogidos por el doctor Wilbur Larch en 'Príncipes de Maine, reyes de Nueva Inglaterra': aunque en el caso de Antonio Alonso lo intentaran, nadie los llegó a adoptar. Y eso marca.

www.diariodeibiza.es

Los 'ibicencos' de Casa Caritat

VÍDEO EN NUESTRA WEB

Sociedad y Cultura

LOS HIJOS CATALANES DE LAS 'DIDES' (II) ► LLUÍS ÁLVAREZ ALONSO



Foto de grupo de los expósitos de la Casa de la Caritat. Arriba, el cuarto por la izquierda, es Lluís Álvarez. El quinto de la tercera fila (contada desde arriba) es José Agrés. ARCHIVO LL. A. A.

Historia. La actual sede del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB), que hasta 1957 fue la Casa de la Caritat, acoge cada jueves en su cafetería a una veintena de supervivientes de aquella inclusa. Cuatro son 'ibicencos', expósitos enviados a Eivissa para ser amamantados por 'dides', mujeres que les daban el pecho a cambio de una pequeña paga. Uno de ellos es Lluís Álvarez Alonso: encontró a su madre, pero aún busca a sus 'didos'.

Medio siglo en busca de su 'dida'

► Lluís Álvarez no conoció a su madre hasta que cumplió 21 años. Tras seis décadas de búsqueda aún no ha hallado a sus 'didos' ibicencos

José Miguel L. Romero
BARCELONA



■ Lluís Álvarez Alonso no conoció a su madre hasta que cumplió los 21 años: «Y no sentí nada». Isabel estaba emocionada porque al fin, tras dos décadas de búsqueda y fruto de la casualidad, acababa de hallar a su hijo, del que fue separada en 1935 en extrañas circunstancias. Pero él no derramó ni una lágrima la primera vez que la vio: «Yo no sentía nada. Ella sí. Coño, si toda la vida había estado solo y había espabilado solo. Ya le dije: tú a tu trabajo, yo al mío». A Lluís le habían curtido los cinco años que había pasado en Eivissa amamantado y cuidado por una *dida* (mujer que daba el pecho y cuidaba bebés expósitos a cambio de una cantidad mensual de dinero), los nueve años que permaneció entre los muros de la inclusa de la Casa de la Caritat y los de Can Frares de Barcelona, y los seis años que trabajó como un mulo en una finca del Penedès,

donde una familia payesa le 'adoptó' como mano de obra.

La vida de Lluís –conocido como *Cavall* entre su *colla* de amigos por los mordiscos que daba cuando se cabreaba– no fue fácil desde el mismo instante en que nació el 6 de febrero de 1935 en Barcelona. Poco antes de que le dieran a luz, a su padre lo mató un tranvía; y su madre enfermó de escarlatina en cuanto lo parió, de manera que no le pudo dar el pecho. Hijo de soltera, un estigma en aquella época, algún responsable de la Generalitat (que en época de la República se hizo cargo de la inclusa de la Casa de la Caritat, antes en manos de la Diputación de Barcelona) decidió que lo mejor para el crío era que fuera amamantado en Eivissa.

Isabel, leonesa de Villafranca del Bierzo, no supo más de él en 21 años: «Su madre contaba que se habían perdido los papeles y que, además, empezó la guerra. Tras curarse de la escarlatina, nadie supo decirle dónde estaba su hijo. Pero estaba segura de que seguía

EL DATO

CASA DE LA CARITAT La inclusa de Barcelona

► Desde la Casa de la Caritat, en la calle Montalegre de Barcelona, se enviaron cientos de huérfanos a Eivissa para ser cuidados y amamantados por 'dides' (mujeres que les daban el pecho) desde al menos 1922 y hasta su cierre, en 1957.

vivo», relata Maribel Álvarez, hija de Lluís. No paró hasta encontrarlo.

A Lluís, como a centenares de bebés más, lo trajeron a Eivissa Margarita y Antonia Verdera, madre e hija, «dos mujeres corpulentas de pelo blanco que hacían de intermediarias en la crianza de niños abandonados», según describió Sonia Díez en el artículo 'Los hijos de la inclusa', publicado en Diario de Ibiza en 1999. En cada barco correo, que partía de Barcelona los miércoles, las Verdera traían en brazos a uno o dos pequeños, de cuyos di-

minutos cuellos colgaba un lazo con una chapa atada que tenía grabado un número identificativo, en una cara, y la imagen de la Virgen del Carmen, en el reverso. Ya en la isla, aquellas mujeres repartían a los críos entre las *dides* dispuestas a darles su leche a cambio «de unas pesetas». Nunca faltaban familias dispuestas a acoger a esos expósitos porque aquel dinero era un maná en una época de extrema pobreza. En 1935 había una decena de huérfanos acogidos en humildes casas payesas de es Figueral (media docena) y de Santa Gertrudis (cuatro), donde vivían con familias que ya tenían de cuatro a siete hijos, los 'hermanos de leche' de los expósitos barceloneses.

Atrapado por la guerra

El estallido, en 1936, de la Guerra Civil dejó atrapado a Lluís (y a 182 huérfanos catalanes más) en Eivissa, isla que salvo un mes y medio (de agosto a septiembre de 1936) permaneció en el bando sublevado, mientras Barcelona, su lugar de

procedencia, siguió fiel a la República hasta el final del conflicto. De Eivissa, Lluís solo recuerda que jugaba con tres o cuatro niños («uno era de mi misma edad»), pero no a sus *didos*, los dos cabezas de la familia. «Era una casa payesa baja, situada en el campo, pequeña. Detrás había un bancal de viñas. En el lado derecho crecía una enorme chumbera. Y a la izquierda había un pino que estaba muy inclinado y por cuyo tronco subíamos los críos para jugar». No ha olvidado cómo, a modo de juego, pisaba la uva sobre una piedra acanalada para extraer vino, o cómo murió uno de los caballos, ni que en una ocasión se cayó de cara sobre unas brasas, cuya quemadura aún persiste en el lado derecho de su cabeza, justo al lado de la patilla. Pero no sabe en qué localidad ibicenca residió hasta 1939, cuando tras acabar la guerra fue reclamado por las autoridades de Barcelona. Ha vuelto cuatro veces con el único propósito de encontrar a sus *didos* y, así, reencontrarse con su pasado, pero no es ca-

EL DATO

LA FAMILIA DE LLUÍS

Los cinco hijos del expósito

► Lluís tiene cinco hijos: uno es doctor en Matemáticas, otro es piloto de helicóptero, una es geóloga, otra bailarina y la quinta se dedica al 'marketing'.

paz de reconocer el lugar donde fue acogido. Cuando cumplían alrededor de cinco años, la mayoría regresaban a Barcelona: «Se quedaban en Eivissa siempre que sus familias les dieran estudios. Pero como la de Lluís debía de ser muy pobre lo devolvieron», comenta Enriqueta Muntaner, su esposa.

Con las Hijas de la Caridad

Sí recuerda nítidamente la vuelta en barco (por lo movido que estaba el mar) a Barcelona cogido de la mano de Antonia Verdera, que lo devolvió a la Casa de la Caritat. Y de allí fue enviado al barrio de Horta, «al colegio de Can Frares». Can Frares era propiedad de la Casa de la Caritat. Allí residía una comunidad de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, monjas a las que en esos tiempos caracterizaba una llamativa toca alada. Lo devolvieron a la Casa de la Caritat sobre 1942, cuando tenía unos siete u ocho años. Con esa edad aparece en una foto de grupo captada en el patio, vestido con un humilde batín, muy pelado y calzado con alpargatas. De su niñez solo conserva una foto, la de la Casa de la Caritat: «Es que siempre estuve muy abandonado».

En el patio del CCCB, en cuyo bar se reúnen los supervivientes de la inclusa que esos muros albergaron hasta 1957, Lluís señala la tercera planta del edificio, la que tiene las ventanas más pequeñas. Era la buhardilla donde dormía: «Era una sala para todos: había dos líneas de camas a cada lado». Al contrario que José Agrés, que cuenta con acritud cómo una vez le partieron los riñones a varazos, Lluís no se queja del trato que le dispensaron las monjas: «Me tenían enchufado», confiesa. Cuando freían tocino, lo metían en unas tinajas de barro llenas de aceite: «No había frigoríficos, pero en esas vasijas el tocino duraba todo el año. Mientras las bajábamos de la cocina al sótano nos metíamos tres o cuatro cachos en los bolsillos. No pasé hambre. De comer, nos daban. Y si no nos daban, robábamos». Afanaban boniatos y se los comían incluso crudos.

«Mi 'dueño'»

La Casa de la Caritat era como una pequeña ciudad dentro de Barcelona. Allí no solo los cuidaban, sino que además les enseñaban diversos oficios, comenta Maribel Álvarez. Con 14 años, Lluís ayudaba a los albañiles y saltaba de tejado en tejado por el edificio. Y con esa misma edad fue 'adoptado'. Entre comillas, porque el acogimiento no era desinteresado: a cambio de su



► **DE CASA CARITAT** a Eivissa. **1** Lluís señala la tercera planta de la Casa de la Caritat donde dormían los niños. **2** Isabel Álvarez el día de la boda de su hijo con Enriqueta Muntaner. **3** Álvarez, de pie con bigote, coge del hombro a José Agrés, otro niño 'ibicenco', en presencia de los abuelos del bar del CCCB. **4** Lluís y Enriqueta en su luna de miel en Eivissa, cuando buscaron a su 'dida'. **5** Lluís se alojó en la Fonda Formentera cuando buscó a su 'dida'. **6** **A. LLUÍS ÁLVAREZ**

trabajo, la familia le daba techo y comida. Dinero, ni cuatro reales: «Niverlo». Fue a parar a una masía de Guardiola de Font-Rubí, cerca de Vilafranca del Penedès. Habla del hombre que le 'adoptó' como de su «dueño». Era Manuel Huerta, un «enorme» boxeador, casado con Asunción. Cuando fueron a recogerlo al bello Patio Manning de la Casa de la Caritat vio a Manuel y Asunción tan bien alimentados que no dudó en ir con ellos: «Parecían tan saludables que imaginé que me cuidarían. Pero solo me querían para trabajar».

Aquel encuentro tuvo, sin embargo, posteriores consecuencias positivas. Durante años, cada vez que su madre conseguía ahorrar algo de dinero viajaba a Barcelona para buscar a su hijo. Pasado el tiempo, Isabel empezó a trabajar

como cocinera en la casa de una mujer llamada Tomasa: «Se hizo su amiga y un día le contó su historia. Tomasa le dijo que sabía dónde estaba. E hizo una llamada», relata Maribel, su hija. Daba la casualidad de que Tomasa era la pollera del mercado de la Concepción: «Y mi dueño [el propietario de la masía de Guardiola Font-Rubí] y la señora Tomasa tenían sus paradas [del mercado] una al lado de la otra», explica Lluís. Eran íntimos amigos, hasta el punto de que Tomasa había acompañado en 1949 a Manuel y Asunción a la Casa de la Caritat para recoger al chaval.

Lluís, con 21 años, viajó hasta Barcelona para conocer a su madre. Quedaron en la portería donde trabajaba una amiga de Isabel: «Al verla no sentí nada. Le dije a mi madre, mira, como yo ya me he espa-

bilado, pues tú ve espabilando», cuenta con frialdad, posiblemente un mecanismo aprehendido como protección durante su estancia en el orfanato.

Pero una vez hallado y por muy fría que fuera su respuesta inicial, tanto su madre como su hermanastra, Rosa Sentín Álvarez, no se separaron de él. Poco tiempo después, ambas fueron a vivir a Vilafranca del Penedès, donde con los años Lluís montó una pescadería (además de otra en La Múnia, una localidad cercana) y repartía pescado con una Vespa con remolque. Isabel buscaba estar cerca de su hijo: «Pero siempre a distancia. Yo no sentía aquel amor que se siente hacia una madre».

En 1967 volvió a Eivissa en viaje de luna de miel. Se alojó en la Península Formentera y el penúltimo día

de su estancia en la isla encontró a Antonia Verdera, la mujer que lo llevó a Eivissa con una chapa colgada al cuello, que le dijo que preguntaría quiénes habían sido sus *didós*. Pero se fue de allí sin saberlo.

Lleva más de 60 años buscando, sin éxito, a sus *didós* ibicencos. Pidió información a la Diputación de Barcelona y a la Maternidad: «Pero me decían que era imposible que me dieran esos datos». Tiró la toalla, pero su hija Maribel cogió el relevo.

Pese a lo vivido, Lluís dice que es feliz: «No me marcó. Nunca fui rencoroso. Voy a la mía, no necesito a nadie. Un día cojo el coche y me hago 600 kilómetros solo».

www.diariodeibiza.es

Un 'Cavall' en la Casa de la Caritat
VÍDEO EN NUESTRA WEB

Sociedad y Cultura

LOS HIJOS CATALANES DE LAS 'DIDES' (III) ► JOSÉ AGRÉS ROVIRA



Historia. Una veintena de abuelos se reúnen los jueves en la cafetería del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB) para recordar cómo vivieron entre aquellos muros cuando era la sede de la Casa de la Caritat. Desde esa inclusa, entre 1922 y 1957 se enviaron centenares de críos a Eivissa para que fueran amamantados por 'dides' a cambio de una pequeña paga. A esa cita semanal aún acuden cuatro expósitos 'ibicencos'. Uno de ellos es José Agrés Rovira.

El crío que quería un par de bombones

► José Agrés Rovira fue acogido en 1934 por una humilde familia de Sant Joan, con la que apenas vivió un par de años ► Permaneció durante 14 años en la inclusa barcelonesa, un periodo que recuerda con resentimiento: «Pasaba mucho miedo. Había mucha violencia»



■ En St. Cloud, el orfanato de la novela 'Príncipes de Maine, reyes de Nueva Inglaterra', una de las enfermeras solía emplear el nombre o el apellido del doctor Wilbur Larch, por el que estaba coladita, para bautizar a los nuevos expósitos. Se ignora qué criterio seguían en la Casa de la Caritat de Barcelona las monjas, las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, que en junio de 1934 decidieron que uno de los huérfanos recién paridos se llamaría José Agrés Rovira. «Se ve que mi madre no quiso darme ni un apellido cuando nació. Hizo su trabajo, me parió, y luego se desentendió de todo», cuenta con acritud Agrés en la cafetería del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB), adonde suele acudir los jueves para reencontrarse con los otros huérfanos de la antigua inclusa, que sienten como si aún fuera su hogar.

De pequeño, en cuanto se hacía el silencio en la buhardilla de la tercera planta donde dormían todos los críos de la Casa de la Caritat,

Agrés daba vueltas a una idea que le inquietaba: «Con esos apellidos, pensaba que quizás mis padres eran famosos. En mi mente imaginaba que era alguien importante. Pero se ve que no, que soy muy vulgar. Quería conocer cuál era mi familia. Cada noche me preguntaba cómo podía ser que yo no tuviera padre o madre. Eso me deprimía. Veía que otros tenían hermanos, que había niños que estaban allí solos pero que sabían quiénes eran sus madres, que a veces los iban a ver. Pensaba que yo debía de ser algo raro, quizás hijo de un padre muy famoso que no quería que se supiera la verdad. O un extraterrestre».

Acogido en Sant Joan

Como decenas de huérfanos acogidos en la Casa de la Caritat, nada más nacer fue enviado a Eivissa para ser criado por una *dida*, una mujer que amamantaba a los bebés a cambio de un pequeño sueldo. Cada miércoles, Margarita y Antonia Verdadera traían a uno o dos críos en barco desde Barcelona y al llegar al puerto los repartían entre las *dides* que se ofrecían. Cada niño llevaba colgado al cuello un lazo en el que había atada una chapa que tenía un número, en una cara, y la

«Pensé que debía de ser algo raro, quizás hijo de un famoso que no quería que se supiera la verdad. O un extraterrestre»

imagen de la Virgen del Carmen, en la otra. A José Agrés le tocó una humilde familia de Sant Joan.

En el padrón de habitantes de Sant Joan de 1935 (finalizado a mediados de 1936) aparecen registrados al menos 17 expósitos nacidos en Barcelona, la mayoría en Sant Vicent de sa Cala y en Benirràs. Se dan cuatro casos en los que las familias acogían a dos huérfanos catalanes a la vez, algo inusual en la isla. Curiosamente, la mayoría había nacido en los años 20, cuando en el caso de Santa Eulària o de Sant Josep, casi todos los anotados en el padrón de 1936 son de la década de los 30. También es significativo que en un par de casos la nodriza era la cabeza de familia, bien por viudedad o porque el marido no vivía ya con ellos. Los ingresos por amamantar debían de ser, en ambos casos, una fuente de ingresos crucial para su subsistencia.

Agrés residió poco tiempo en la isla, apenas año y medio. De hecho,

salió de ella antes de que en 1936 estallara la Guerra Civil y de que, como le ocurrió a Lluís Álvarez y a otros 182 niños, quedara atrapado en las Pitiüses (del bando nacional) durante todo el conflicto bélico, sin posibilidad de volver a Barcelona (republicana). De hecho, José Agrés no aparece en el padrón de habitantes de 1935, que se completó durante año y medio: «A los dos años ya estaba de vuelta en la Casa de la Caritat. Me echaron rápido. Quizás porque caí enfermo y debieron de pensar que si me moría los meterían en la cárcel». Era pequeño y extremadamente delgado. Es posible que lo devolvieran debido a su salud o a la precaria situación económica familiar. No obstante, los *didos* tenían que demostrar periódicamente a Margarita y Antonia Verdadera que el chaval estaba en perfectas condiciones físicas. En caso contrario, regresaba a Barcelona en el primer barco correo.

Un par de caramelos en el patio

Por una situación parecida pasó la pareja formada por José Ferrer Marí, de Can Sastre (Sant Joan), y Francisca Royo Massó, que durante años acogieron en su casa a un huérfano barcelonés, según narra

su nieta, Cristina Ferrer: «Ocurrió tras la guerra. Cuando no pudieron mantenerlo, el crío tuvo que volver a Barcelona. Mi abuela siempre hablaba de él y me contaba que muchas veces fue a la Casa de la Caritat a buscarlo, aunque no le dejaron verlo. Solo una vez consiguieron darle unos caramelos en el patio de esa inclusa, pero cuando la monja se dio cuenta se llevó al niño y no pudieron estar con él nunca más».

A José Agrés no le fue fácil averiguar cuáles eran sus raíces, ni las biológicas ni las de la mujer que le dio el pecho. «Yo quería conocer quiénes eran mis padres, pero era complicado. Los curas y las monjas no me decían nada». En 1960, y tras mucho insistir, en la Maternidad le informaron de que sus *didos* vivían en Sant Joan. Así que en el mes de julio de ese año, y coincidiendo con sus vacaciones laborales, fue a Eivissa. Desde el puerto caminó a pie hasta Sant Joan, «pues no había ni coches ni taxi ni nada». Más de 20 kilómetros con la maleta a cuestas a través de caminos que «tenían un palmo de polvo». En la cartería llevaba 1.000 pesetas: «Vivían en Ca na Mala, o algo así, no sé, un nombre muy raro. Me reconocieron y me invitaron a vivir con



► **DE LA CASA DE LA CARITAT** a Sant Joan. **1** Agrés, en el centro, cuando estaba en la Can Torrada. **2** A.A.S.A. **3** En la actualidad, en el patio de la Casa de la Caritat. **4** J.M.L.R. **5** Lluís Álvarez y José Agrés abrazados en el patio de la inclusa de Barcelona, actualmente sede del CCCB. **6** J.M.L.R. **7** El día de su boda. **8** J.M.L.R. **9** Abajo, en el centro, con las manos cruzadas, en una foto junto a sus compañeros en el patio de la Casa de la Caritat. **10** A.A.S.A. **11** En compañía de Antonio, otro expósito del asilo de niños de Barcelona. **12** A.A.S.A.

EL DATO

SANT JOAN

Los Expósito y Ventura

► A José Agrés Rovira al menos le dieron un nombre y dos apellidos. El padrón de Sant Joan está repleto de huérfanos a los que solo apellidaban Expósito (la mayoría nacidos en Eivissa) o Ventura. Curiosamente, los Ventura ya mayores solían ser «sirvientes».

ellos casi un mes en su casa». No recuerda sus nombres.

Residían «en una casa payesa cercana a la playa, muy plana, blanca, como una chabola, totalmente rodeada de chumberas». A las cabras les ataban las patas con cuerdas. «Se comía –relata Agrés– pan cada 15 días. Más que pan, mendrugos. Para digerir aquello había que tener un buen estómago. Eran muy pobres. El *dido* salía a pescar cada mañana con una pequeña barca. Eran peces de muchos colores, algunos con muchas espinas, con los que preparaba una paella. La concha de un mejillón hacía las veces de cuchara. Ni cubiertos tenían. Un bote de leche condensada servía de vaso para todos. Allí perdí ocho o nueve kilos en un mes». Recuerda que las mujeres de los alrededores, por los que paseaba en burro, «llevaban una trenza hasta el culo y unas faldas que llegaban al suelo. Calzaban alpargatas. Había una pobreza impresionante». En aquel recóndito paraje de la isla «de faena en el campo, nada de nada. Todo era seco, pedregoso. Había cuatro higueras, cuatro almendros, cuatro cabras atadas».

Quería conocerlos, pues no re-

cordaba nada de su estancia en las Pitiüses. Solo se acordaba de que cuatro años después de volver a la Casa de la Caritat recibió una visita: «Eran unos señores de Eivissa que vestían muy raro. Las monjas me llevaron a verlos. Es posible que fueran mis *didós* de Sant Joan y que volvieran para adoptarme, pero quizás me vieron tan pequeño y tan delgado que pensaron que a los pocos días me moriría. No me cogieron, pero me dieron una moneda de cobre».

Agrés también albergaba la esperanza de que su nodriza supiera algo sobre quiénes eran sus padres naturales. Pero no tuvo suerte. Muchos años más tarde, sobre 1992, siguió los consejos de Paco Lobatón, el periodista que presentaba el programa 'Quién sabe dónde' para averiguar de dónde procedía su madre: «Explicó en un programa que todos los que querían saber algo de sus orígenes, de sus padres, tenían que acudir a la Justicia. Me decidí y fui a juicio, que duró tres años».

A través de la Justicia supo que su madre había nacido en Monforte de Moyuela (Teruel): «Las casas eran barracas, blancas, bajitas, muy miserables. Se ve que ella se marchó de aquel poblacho a Barcelona para trabajar de criada y que se entendió con el dueño». Él era el resultado de aquella unión. La alcaldesa le contó que, además, tenía una hermanastra que residía en Barcelona, en el Carmelo. «Me habló de mi madre, pero ya no recuerdo cómo se llamaba. He perdido el interés. Ella tampoco tuvo interés en mí, en nada. Y si ella no lo tuvo, yo tampoco», señala. Aquella mujer murió en Poble Nou de un infarto.

«En la Casa de la Caritat pasaba mucho miedo. Había muchos castigos, muchas bofetadas, muy malos tratos»

Como a los demás críos del orfanato, a los 14 años le enviaron a trabajar a una masía sin cobrar un duro

Al llegar a Barcelona se puso en contacto con su hermanastra: «Antes de verla, llamé por teléfono para no asustarla. Le dije que me gustaría conocerla personalmente. Nos entrevistamos en su casa con toda su familia. Eran siete u ocho. Les advertí de que no iba a buscar nada, ni herencia ni nada. Solo quería conocer a mi familia».

14 años «en la prisión»

Si en el orfanato de la novela de John Irving trataban a los expósitos «como si descendieran de familias reales» (el doctor Larch les recordaba cada noche que eran príncipes del Maine, reyes de Nueva Inglaterra), Agrés tiene una percepción muy diferente de la Casa de la Caritat. Al contrario que los demás abuelos que se reúnen cada jueves en el bar del CCCB, está muy resentido con la época que pasó allí: «Estuve en la Maternidad ocho años, dos en Can Tarrida (Horta) [que controlaban las mismas monjas], una masía muy grande convertida en un colegio. Luego cuatro años en la Casa de la Caritat. Total, me tiré 14 años en prisión». Vivir en el orfanato era «muy estresante», afirma: «Pasaba mucho miedo. Había muchos castigos, muchas bofetadas,

muy malos tratos, eran muy mal hablados... Había mucha violencia. No recuerdo que nadie fuera cariñoso conmigo o que me diera un par de bombones. Sí, estoy resentido». Asegura que una vez le dieron palos en los riñones hasta casi partirle el espinazo.

Al cumplir los 14 años pudo salir de la inclusa: «Un día, mientras estaba en el patio, vino la monja y nos puso en fila. Preguntó quién quería ir a trabajar al campo. Yo me presenté con otros cuatro más. Dijo que iríamos a un sitio donde estaríamos muy bien, justo lo que buscaba desde hacía tiempo, que me vistieran y dieran de comer, aunque trabajara. Pero fue al revés. Había mucha miseria en esa vivienda. Pero solo la libertad de haber salido de la Casa de la Caritat lo compensaba. Ver pájaros, huertos, campos, pueblos, la panadería, la carnicería... Todo era una novedad». Fue a parar a una masía de Mataró donde cada día tenía que ir a comprar la comida, cuidar de los animales (conejos, caballos, cerdos) y ayudar en las labores del campo: «Trabajé allí cuatro años sin cobrar un duro. Y comíamos mal, mucha patata, sola o con tocino frito con aceite por encima. Y de beber, vino, nada más, tanto de día como de noche. Para desayunar, un poco de pan con chocolate». Lluís Álvarez, que pasó por una experiencia similar en una masía de Vilafranca del Penedès, considera que en esa época le trataron como a «un esclavo».

Recibía «un trato familiar, pero sin cariño». No se relacionaban con él «como si fuera su hijo, sino como el trabajador que era». Envidiaba a los jóvenes de Mataró porque con

sus sueldos podían vestir mucho mejor que él. Así que para ganar algo de dinero iba cada domingo por la tarde a los viñedos o patatales de la zona, donde le daban 20 pesetas por cuatro horas de trabajo. Luego le contrataron por 400 pesetas al mes en una masía de El Prat: «Fue un fracaso. Yo tenía muy poco cuerpo para aquellas extensiones enormes, para esos surcos de 300 metros de largo. En Mataró, los carros eran pequeños, pero allí eran enormes, como tanques. Los caballos me parecían elefantes. Pasé las de Caín. El payés era un tipo fuerte y pesetero. A los cinco meses me dijo: 'No ganas lo que comes'. En invierno me hacía regar las alcachofas desde las 10 de la noche hasta las seis de la mañana con un chorro enorme de agua. Iba con botas al principio, luego me estorbaban y pisaba el barrizal descalzo. Estaba allí solo, en medio de una oscuridad total».

La única foto que conserva de su niñez es una en la que posa firme junto a otros 30 expósitos en el patio de la Casa de la Caritat de Barcelona. Es la única que también tiene Lluís Álvarez, que aparece en ella. Ambos visten un batín, calzan alpargatas y están muy pelados. Por sus caras parecen resignados, como si a sus ocho o nueve años de edad ya descartaran ese par de bombones de regalo que ansiaba Agrés o, como recuerda una de las huérfanas en el documental 'Temps de Caritat', de Joan López Lloret, que alguien les dijera 'te quiero' al acostarlos cada noche.

www.diariodeibiza.es

De la casa de la Caritat a Sant Joan
VÍDEO EN NUESTRA WEB

Sociedad y Cultura

LOS HIJOS CATALANES DE LAS 'DIDES' (IV) ► ANTONIO SÁNCHEZ ALONSO



► **DE BARCELONA** a Santa Agnès. **1** Con las monjas de San Vicente de Paúl durante su etapa en Can Tarrida, masía de Horta reconvertida en colegio. Antonio es el tercer niño de la derecha (lleva peto). **2** A. A. S. A. **3** Trinidad Sánchez, madre de Antonio, junto a Francisco Jiménez. **4** A. A. S. A. **5** Antonio Sánchez posa en el patio de la antigua Casa de la Caritat, actualmente sede del CCCB. **6** J. M. L. R. **7** Junto a José Agrés, otro expósito 'ibicenco', en Barcelona. **8** A. A. S. A.

Historia. La actual sede del Centre de Cultura Contemporània de Barcelona (CCCB) fue hasta 1957 la Casa de la Caritat. En su cafetería se reúnen cada jueves una veintena de supervivientes de aquella inclusa, cuatro de ellos 'ibicencos', huérfanos que fueron enviados a Eivissa para ser amamantados por 'dides', mujeres que les daban el pecho a cambio de una pequeño salario. Uno de ellos es Antonio Sánchez, al que Rita Tur cuidó en su casa de Santa Agnès.

Un huérfano con dos madres

► Antonio Sánchez fue enviado a Eivissa en 1936 sin el conocimiento de su progenitora, una joven de 16 años que había sido violada

José Miguel L. Romero
BARCELONA



■ Cada vez que Antonio Sánchez Alonso habla de su madre hay que pedirle que aclare a cuál se refiere, porque así llama tanto a su *dida* ibicenca (la mujer que lo amamantó en Eivissa poco después de nacer a cambio de una pequeña paga) como a su progenitora. Por ambas siente el mismo cariño. De los cuatro 'ibicencos' que aún acuden cada jueves a la cafetería del CCCB para reencontrarse con otros huérfanos que fueron acogidos en la Casa de la Caritat es el único que se reconcilió tanto con su madre biológica como con la familia que lo cuidó.

Su vida se torció nueve meses antes de que el 26 de diciembre de 1935 naciera en la Maternitat de les

Corts, cuando su madre, de 16 años e hija de unos cartageneros llegados a Barcelona para trabajar en la Línea 1 del metro, fue violada. En la Maternitat recomendaron a la jovenísima Trinidad Sánchez Alonso que les entregara a su hijo durante un tiempo. Mientras ella intentaba rehacer su vida, ellos cuidarían de Antonio. Trinidad lo dejó allí, pero le dio sus apellidos, no como en el caso de 'ibicenco' José Agrés, del que su madre se desentendió, quién sabe en qué circunstancias dolorosas.

Pero no lo volvió a ver. Unos meses más tarde (Antonio ignora la fecha exacta) Trinidad regresó a la Casa Provincial de la Maternitat i Expositors de Barcelona con el propósito de recuperarlo, pero ya no estaba allí: «Ni siquiera le dieron razón de adónde me habían llevado. La

Lo llevaron a Santa Agnès en mayo de 1936 y allí permaneció con sus 'didos' hasta octubre de 1942

guerra civil ya había comenzado y alegaban que se habían quemado todos los documentos».

A Can Sardina

En mayo de 1936 Antonia o Margarita Verdera, madre e hija, recogieron a Antonio y se lo llevaron en brazos hasta las Pitiüses en el barco correo, con un lazo en el cuello del que colgaba una chapa con un número en una cara y la imagen de la Virgen del Carmen en el reverso.

Como cada semana, al llegar a Eivissa las Verdera entregaron el bebé (a veces eran dos) a una nodriza que

estaba dispuesta a hacerse cargo de él a cambio de unas monedas al mes. Antonio tuvo suerte y fue acogido por Rita Tur Costa y José Tur Costa, que se lo llevaron a Can Sardina, la casa payesa de Santa Agnès donde vivían junto a sus hijas Rita y María (luego tendrían dos más, Catalina y Pepita). De los seis años que permaneció en Can Sardina solo recuerda que jugaba con sus 'hermanas de leche', «los pollos, cerdos, perros y gatos que pululaban por dentro y fuera de la casa, que era enorme», que vivían de la agricultura y que «no había dinero, sino trueque». Y que era feliz. En cuanto se lo entregaron a Rita, enfermó: «Pero mi madre [la *dida*] era curandera y me sanó al untarme todo el cuerpo con aceite y cubrirme con una manta».

Su familia ibicenca deseaba

adoptarlo, pero algo detenía siempre el proceso. Seis años más tarde, en octubre de 1942, la Diputación de Barcelona lo reclamó sin que Rita y José consiguieran retenerlo. Quien sin saberlo estaba parando su adopción era su madre biológica, que tras perder su rastro en la Maternitat lo reclamó judicialmente. La Guerra Civil, que estalló dos meses después de que Antonio fuera enviado a Eivissa, y un incendio que en esa época destruyó parte de la documentación que se custodiaba en esa inclusa, impidieron a Trinidad seguir la pista de Antonio. Tres años después de concebirlo, y ya casada con Francisco Jiménez, tiró la toalla y se fue a vivir a Tánger, la ciudad (aún internacional) donde trabajaba su marido como encofrador.

Sin padres adoptivos ni naturales, Antonio fue devuelto a Barcelona,

A los 21 años, Antonio encontró a su madre. Trinidad se desmayó al verlo. Se partió la cabeza del golpe

Hasta que no empezó a investigar y halló a su madre creía que sus 'didos' eran sus verdaderos padres

donde lo enviaron a Can Tarrida, en el barrio de Horta, una masía convertida en colegio que también gestionaban las monjas de San Vicente de Paúl. Allí estuvo *Niero* (como le apodaron sus amigos en referencia a sus problemas de dicción, ya superados) hasta que cumplió 10 años, momento en que lo destinaron a la Casa de la Caritat, en la calle Montalegre de Barcelona. Al contrario que José Agrés, dice que guarda un grato recuerdo de ese orfanato, incluso de las religiosas, quizás porque Antonio se caracteriza por ver el lado positivo de cada cosa que vive o hace: «Fui feliz esos cuatro años. Jugaba a la pelota con Lluís Álvarez y Agrés [los dos, huérfanos 'ibicencos']. Con las monjas me llevaba muy bien. Había una que me mandó a la cocina a pelar patatas. Y desde entonces comía con ellas, no con los niños. Limpiaba las perolas, era pinche... Lo que fuera».

Ante la madre

Dice que, cuando tenía 21 años, un desengaño amoroso le condujo finalmente a su madre. Los padres de la chica lo rechazaron por ser huérfano, así que decidió encontrar a su madre y no volver a pasar por esa «humillación». Movié cielo y tierra hasta que consiguió una información muy precisa tanto en la Maternitat (que había recuperado los documentos originales; lo que se había quemado en la guerra eran las copias) como en los juzgados. Una partida de nacimiento le abrió el camino hasta Trinidad: «En ella aparecían nombres, testigos, direcciones, muchos datos». Así averiguó que su madre volvía a vivir en Barcelona, en la barriada de La Torrasa de l'Hospitalet. Fue hasta allí y le abrió Magdalena, la hermana de su madre. Como no se creía quién era, le tuvo que enseñar el carné de identidad: «Yo sabía de ti. Mi hermana estuvo muchos años buscándote pero nunca supieron decirle dónde estabas», le contó. Trinidad se desmayó en cuanto le vio. Del golpe le tuvieron que coser la cabeza. Fue entonces cuando se enteró de que su madre había sido violado, de que se casó con Francisco a los tres años de depositarlo en la Maternitat, de que tenía un hermanastro de cinco años y de que en 1940, desesperados, dejaron de buscarlo y se marcharon a Tánger.

Pocos años más tarde, y gracias a los datos que le facilitaron en la Maternitat, recuperó también la relación con sus padres ibicencos, a los que el 17 de abril de 1960 envió una carta: «Ustedes, que yo creí siempre que eran mis padres, resulta que son



► **A LA BUSCA** de sus padres. **1** Junto a sus 'didos' ibicencos Rita y José y su 'hermana de leche' Pepita. **2** Delante de su lavandería Automàtic Sec, que lleva medio siglo abierta. **3** La madre y el padrastro de Antonio (a la derecha de la imagen) visitaron en Eivissa a los 'didos' que habían cuidado a su hijo. Esta imagen fue tomada en Can Sardina. **4** Abajo (tercero contado desde la izquierda) con el Atlético San Antonio. **5** Junto a su 'dida' y Pepita en Eivissa.

mis *didos*», les contaba en esa misiva. La frase refleja la confusión en la que debió de vivir durante años y que solo se aclaró cuando dio con el paradero de Trinidad. «Al cabo de unos días estaban llamando a la puerta de mi casa en Mataró», explica Antonio, que asegura que querían volver a adoptarlo y que volvió a vivir con ellos durante un tiempo en Santa Agnès. Su madre y su padrastro viajaron también a Eivissa para conocer a los ibicencos que habían cuidado de su hijo los seis primeros años de su vida. Los cinco se retrataron juntos con Can Sardina al fondo: «Celebramos el encuentro con un gran banquete».

El tintorero poeta

En el barrio de Montbau conocen a Antonio por el sobrenombre del tintorero poeta. Poeta porque no

para de escribir. Y tintorero porque fue la profesión que aprendió cuando a los 14 años de edad, en 1950, salió de la Casa de la Caritat: «Un señor de Mataró, Santiago Badía, apareció un día por la inclusa. Buscaba a un joven que quisiera aprender el oficio de tintorero. Me cogió a mí. Lo aprendí, pero no me gustaba y me escapé. Volví a la Casa de la Caritat para que me acogieran de nuevo, pero me dijeron que era imposible, que tenía que continuar en Mataró. Ya no tenía sitio en la Casa de la Caritat. En todo caso me mandarían al Asilo Duran, un reformatorio. Les dije que allí jamás». El asilo Duran tenía muy mala reputación. Incluso se utilizaba como amenaza: 'Si te portas mal te llevaré al Asilo Duran', advertían los padres a sus hijos descarriados.

Volvió, qué remedio, a Mataró,

donde solo le daban ropa, cama y comida. Justo en aquella época, Lluís Álvarez y José Agrés empezaban su calvario en sendas masías de Mataró y de Guardiola de Font-Rubí, años que recuerdan como de pseudo esclavitud.

Quizás al principio no le gustaba ese oficio, pero al final se convirtió en un experto. Con el tiempo fundó hasta siete tintorerías, a las que bautizó con el nombre de Automàtic Sec. Una de ellas, que se encuentra en la calle Armonía 5 de Montbau, lleva abierta desde hace medio siglo. A sus 80 años, Antonio Sánchez aún trabaja: «Hasta que me muera», exclama. Como tenía que cerrar ese negocio, es el último en llegar a la cafetería del CCCB, aunque a tiempo para ir a comer al restaurante Victoria, a un centenar de metros en línea recta. Las gambas de

su paella se las cede generosamente (y sin siquiera preguntar si las quiere) a su amigo Lluís Álvarez, con el que compartió tantos juegos en la Casa de la Caritat y con el que hizo la mili en un cuartel de Lleida. Allí utilizaba la taquilla de Lluís para meter el jamón y las sardinas que robaba en la cocina.

Las paredes de su casa en el barrio de Horta están decoradas con numerosas fotos y recuerdos tanto de sus *didos* y 'hermanas de leche' como de Trinidad, Francisco y su hermanastro. Hay tantas de unos como de otros. Pero sobre todo hay de Rita y de Trini, quizás porque en su caso sí que madre hay más que una.

www.diariodeibiza.es

Un huérfano con dos madres
VÍDEO EN NUESTRA WEB

LOS HIJOS CATALANES DE LAS 'DIDES' (V) ► SOLEDAD DOTRES BARÓ

Historia. Soledad Dotres Baró fue de las primeras huérfanas enviadas desde Barcelona a Eivissa para ser cuidada por una 'dida'. Tuvo la fortuna de ser adoptada por una familia payesa que la quiso como a una hija más.

De la Casa de la Caritat a pastorear en Jesús

► Tras nacer en 1923, Soledad Dotres fue enviada a Eivissa para ser amamantada por Juana Roig, su 'dida', que vivía en Jesús junto a su marido Juan Costa

José Miguel L. Romero
EIVISSA



■ Con siete años, Soledad Dotres Baró ya sospechaba que era huérfana. Sacó esa conclusión a partir de las conversaciones que oía en la casa en la que había sido acogida. Y lo que escuchaba le daba miedo: hablaban de arrancarla de Eivissa para llevarla a un lugar desconocido. Nacida el 30 de marzo de 1923, fue una de las primeras criaturas que la Diputación de Barcelona envió desde la Maternitat de les Corts y desde la Casa de la Caritat a la isla para que fueran amamantados y criados por *dides*, nodrizas que les daban el pecho a cambio de una pequeña paga. Ese intercambio comenzó aproximadamente en 1922 y concluyó en 1957. Margarita y Antonia Verdera, madre e hija, se encargaban de traer a los bebés desde Barcelona en el barco correo y de distribuirlos entre las nodrizas ibicencas interesadas en ese «confiamiento».

Soledad tuvo suerte. La fortuna le sonrió desde el momento en que las Verdera la entregaron a Juana Roig Costa, su *dida*, y a Juan Costa Tur, de Can Puàs, mayoresales en ses Cases Noves, una finca de Jesús rica en frutales y regada por el agua extraída de un molino. Cuando la acogieron, Juan y Juana ya tenían tres hijos (y cuatro más que llegarían con el tiempo). Pero Soledad venía con un pan bajo el brazo, una paga trimestral que en el año 1925 ascendía a 135 pesetas, según detalla Sonia Díez en el reportaje 'Los hijos de la inclusa' publicado en 1999 en Es Diari. «Mi abuela -cuenta Isabel Prieto, hija de Soledad- contaba que gracias a ese dinero que percibían por cuidarla podían conseguir cosas que eran inalcanzables con lo que se ganaba trabajando en el campo».

La Diputación de Barcelona solía reclamar el regreso de los expósitos cuando cumplían entre cinco y siete años, o si no eran bien atendidos. Algunas familias se encariñaban con los críos y lograban

LA CIFRA

125 PESETAS

como dote

► Cuando contrajo matrimonio en el año 1942, Soledad Dotres Baró recibió una ayuda económica inesperada, una dote «proahijada» de 125 pesetas procedente de la Diputación de Barcelona.

adoptarlos, pero no todas lo conseguían. De hecho, los *didos* de Soledad no lo tuvieron fácil. La intercesión de un cura que era amigo de Juan fue crucial para que la niña siguiera en Eivissa.

Soledad, que a sus 92 años parece un torbellino y ríe a carcajadas con la energía de un adolescente, recuerda que pese a ser adoptada siempre recibió un trato exquisito por parte de Juan y Juana: «Me cuidaban de maravilla. Incluso mejor que a sus hijos. A ellos les daban a veces con el cinturón. A mí jamás, me respetaban».

No sabe nada de su madre, ni su nombre ni su procedencia. Ni se ha molestado en averiguarlo. Dice que por «respeto» a la decisión de su madre de deshacerse de ella. Ni siquiera ha visitado Barcelona: «No he querido. Si te abandonan, para qué buscar», comenta. Desde muy joven optó por no dar vueltas a sus orígenes: «He preferido vivir tranquila y feliz. Si hubiera pensado en todo eso quizás ya me habría muerto». Ni siquiera preguntó a Antonia Verdera si sabía algo de su procedencia, y eso que la veía a menudo por la calle o comiendo en la bodega Grau de la Marina, debajo de donde residía.

Hasta que se casó en 1942 con el sastre Pedro Prieto, Soledad vestía ropas payesas, las que había llevado desde que siendo pequeña pastoreaba por los alrededores de Jesús, por donde triscaba en busca de setas, comía las almen dras e higos de sus huertos y vivía feliz. Tuvo más fortuna que aque-



► **UNA HUÉRFANA** adoptada por sus 'didos' ibicencos. **1** Soledad Dotres, ayer en la calle Obrador de la Marina de Vila. **2** J.M.L.R. **3** Juan Costa junto a su hija María (centro) y Soledad. **4** A.I.P. **5** Juana Roig y Juan Costa, los 'didos' que acabaron siendo los padres adoptivos de Soledad. **6** ARCHIVO ISABEL PRIETO **7** Soledad (a la derecha) siempre vestía de payesa. **8** A.I.P.

llos niños (Lluís Álvarez, José Agrés, Antonio Sánchez...) que tras ser devueltos a Barcelona solo se relacionaron con las monjas de

San Vicente de Paúl o con payeses que los esclavizaron en sus huertos desde los 14 hasta los 20 años, solo a cambio de techo y comida.

www.diariodeibiza.es

De la inclusa a pastora en Jesús
VÍDEO EN NUESTRA WEB

Los hijos catalanes de las 'dides' (VI). María Boned tenía 10 hijos y su economía era de subsistencia, pero no estaba dispuesta a que con Ramon Gisbert Romero, un huérfano procedente de la Casa de la Caritat de Barcelona, le ocurriera lo mismo que con las dos anteriores niñas de las que fue su 'dida': «A este no lo devuelvo a Barcelona», dijo. Y lo adoptó.

«A este no lo devuelvo a Barcelona»

► Ramon Gisbert, otro huérfano procedente de la Casa de la Caritat de Barcelona, fue adoptado por su nodriza María Boned y su 'dido' Juan Ribas

José Miguel L. Romero
EIVISSA

■ Como sucede con la mayoría de huérfanos de la Casa de la Caritat de Barcelona que fueron acogidos por humildes familias ibicencas, Ramon Gisbert Romero llama madre a su *dida*, la mujer que lo amamantó siendo un bebé a cambio de una pequeña paga. A sus 80 años de edad, los ojos se le empañan cuando menciona a María Bonet Tur o a su *dido*, Juan Ribas Ramon, quienes ejercieron de padres y lo adoptaron pese a que ya tenían otros 10 hijos y a que su situación económica era muy precaria.

Como en los casos de Lluís Álvarez, José Agrés o Antonio Sánchez, Gisbert nació a mediados de los años 30 (en su caso en 1935) y, dada su condición de huérfano, la Maternitat de Barcelona lo acogió hasta que lo mandó a Eivissa para que fuera cuidado por una *dida*. Dos mujeres, Margarita Adrover Colomar (nacida en 1866 en Palma) y su hija, Antonia Verdera (nacida en 1893 en Eivissa), se encargaban de traer aquellos bebés en barco hasta la isla, de distribuirlos entre las mujeres dispuestas a criarlos y, además, de vigilar por que los pequeños fueran bien atendidos.

Antes que a Ramon Gisbert, María Boned ya había criado, en periodos distintos, a otras dos niñas catalanas abandonadas por sus padres. Como sucedía en la mayoría de los casos, cuando cada una de ellas cumplió entre cinco y siete años fueron reclamadas por la Casa de la Caritat de Barcelona, atendida por las monjas de San Vicente de Paúl, de las que había una comunidad en la Marina de Eivissa, junto a la iglesia de Sant Elm. Pero María tenía otros planes para Ramon: «Mi madre decía 'A este no lo voy a entregar, este no vuelve a Barcelona, este se queda conmigo'», relata Gisbert.

Y se quedó. Lo adoptaron, aunque el pequeño mantuvo sus apellidos originales, que nunca quiso cambiar «para evitar líos». Aquella decisión no debió de resultar fácil a la pareja formada por María y Juan, ya que por entonces tenían una decena de hijos y vivían de lo que ganaban como mayores, lo esencial para subsistir. La pequeña paga que recibían al cuidar a Ramon debía suponer, como en el caso de Soledad Dotres Baró, otra niña procedente de



María Boned, 'dida' de Ramon, sostiene a un nieto. A la derecha, Ramon (arriba, segundo por la derecha) con amigos en Talamanca. ARCHIVO R. GISBERT



Ramon Gisbert en la actualidad. J. M. L. R.



LA CIFRA

25 DUROS

como dote

► Cuando contrajo matrimonio, Ramon Gisbert recibió una dote de 25 duros de manos de Antonia Verdera, igual que Soledad Dotres, otra huérfana a la que cuando se casó en 1942 le entregaron 125 pesetas.

la inclusa barcelonesa, un excelente maná para su precaria economía.

Como mayores, durante años cambiaron varias veces de vivienda. Cuando le acogieron residían en el cruce de la carretera de Santa Gertrudis con la de Sant Joan, en una casa que se llamaba es Porxos; poco después, en otra situada en el cruce de Sant Joan con Santa Eulària; más tarde en Dalt sa Serra, en Cala Llonga. De niño, Ramon trabajó de payés y de pastor, hasta que a los 17 años (y hasta que se fue a cumplir el

ARCHIVO R. GISBERT



María en la boda de un familiar.

servicio militar) lo emplearon como «criado». Más tarde, y durante tres décadas, fue estibador del puerto de Eivissa.

Nunca ha sabido quién era su madre biológica. Las pocas veces que lo intentó averiguar le advirtieron de que era una tarea casi imposible. En una de esas ocasiones incluso perdió la placa de plomo «pequeñita y gorda, atada a un lazo do-

ble» que, numerada, colgó de su cuello cuando fue enviado a Eivissa desde Barcelona. Aunque la conservó hasta hace poco tiempo, ha olvidado qué número tenía grabado. Eso sí, asegura que en el reverso no había una imagen de la Virgen del Carmen que al parecer llevaba en algunos casos, según detalla Carme Maristan en 'Records d'Eivissa'.

Revisión en la Marina

Conoció a Antonia Verdera, la mujer que lo trajo en su regazo desde la inclusa catalana, tanto de niño como de adulto: «De pequeño y acompañado de mi madre, fui varias veces a su casa en la Marina, situada al lado de la iglesia de Sant Elm [Margarita y Antonia vivían en la calle José Verdera, 14, 2º piso]. De vez en cuando bajaba con mi *dida* a Vila porque las Verdera me querían ver», cuenta. Madre e hija supervisaban periódicamente cómo se encontraban los niños acogidos, de manera que si no eran bien alimentados o cuidados solían devolverlos a Barcelona. También es po-

sible que las *dides* recibieran sus pagas durante esas visitas, algo que supone Ramon pero que no recuerda.

No ha olvidado, sin embargo, que de mayor su madre le volvió a acompañar a la calle José Verdera con un propósito bien distinto: «Fui a ver a Antonia Verdera cuando me casé. Me dio una dote de 25 duros [125 pesetas]. Ella me dio en persona el dinero. Y era mucho para esa época. Mi madre me había contado que tenía ese derecho». Igual le sucedió a Soledad Dotres, que cuando contrajo matrimonio en 1942 percibió una ayuda «proahijada» de 125 pesetas procedente de la Diputación de Barcelona.

La relación con su *dida* era tan intensa que cuando falleció su *dido*, Juan Ribas Ramon, María Boned fue a vivir con él. «Estuvo en mi casa hasta que murió», recuerda emocionado. «Siempre quería estar conmigo».

www.diariodeibiza.es

Un huérfano con 10 hermanos
VÍDEO EN NUESTRA WEB

Pitiüses

Los hijos catalanes de las ‘dides’ VII. Casi 75 años después de regresar a Barcelona y tras medio siglo de búsqueda, Lluís Álvarez supo ayer quién fue su ‘dida’ ibicenca, Catalina Colomar, y además conoció y pudo hablar con su hermana de leche, Catalina Torres.

Lluís Álvarez encuentra a su hermana ibicenca de leche

► Tras medio siglo de búsqueda y la ayuda de la Diputación de Barcelona halla a sus ‘didos’

José Miguel L. Romero

EIVISSA



■ Hace 80 años, Lluís Álvarez (nacido el 6 de febrero de 1935) fue enviado a Eivissa desde Barcelona para que aquí fuera cuidado y amantado por una nodriza. Permaneció en la isla siete años, hasta que fue reclamado por la Diputación de Barcelona. Por mera casualidad, Lluís no conoció a su madre, que al nacer lo depositó en la Maternitat de Barcelona, hasta que cumplió 21 años. Pero le quedaba una asignatura pendiente: saber quién era la familia que le acogió cuando era un bebé, de la que no recordaba ni sus nombres y apellidos ni dónde vivían. Solo se acordaba de haber jugado con una niña, de un pino muy inclinado y de unas chumberas que había detrás de la vivienda.

Ayer cumplió su deseo de conocer quiénes habían sido sus didos, e incluso pudo hablar por teléfono con su hermana de leche, Catalina Torres. Su *dida* se llamaba Catalina Colomar, casada con Juan Torres. En 1935 tenían tres hijos, uno de ellos Catalina, que apenas tenía dos meses de vida, lo que facilitó que Catalina amamantara al pequeño Lluís, llevado hasta Eivissa en los brazos de Antonia Verdera y con una chapa de plomo –con su número y la imagen de la Virgen del Carmen en el reverso– colgada del cuello. Antonia y su madre Margarita traían a la isla a los huérfanos catalanes de la Casa de la Caritat para que fueran criados aquí a cambio de unas monedas: ayudaban a los niños y, de paso, a familias muy humildes.

Maribel Álvarez, hija de Lluís, inició hace un par de meses una campaña para intentar averiguar quién había sido la *dida* de su padre, una espina clavada que ahora ha conseguido arrancar. Tras contactar con este diario, supo que el método más eficaz era pedir la información al departamento de Bien-

Catalina Colomar y Juan Torres le acogieron hace 80 años en Can Rei, una casa payesa de Santa Agnès

La familia también crió a Lucía: «Antonia Verdera nos dijo ‘dadle la vida a esta niña. Si no la acogéis, morirá’

estar Social de la Diputación de Barcelona, que ayer entregó a Lluís un amplio informe con su historial, incluido quiénes eran sus *didos* y dónde residió. Al parecer, un amplio equipo de la Diputación, que hace algunas semanas recibió copias de todos los artículos publicados por este periódico gracias a la intercesión de la ibicenca Cristina Ferrer –cuya abuela fue también *dida*–, se puso manos a la obra para hallar hasta el último dato que obraba en sus archivos sobre Lluís, algo que llegó a extrañar a algún funcionario: «¿Pero quién es este señor para mover a tanta gente?», parece ser que preguntó uno de ellos.

Fue acogido por Catalina y Juan en Can Rei, una casa payesa de Santa Agnès, y no en Sant Josep, como Lluís imaginaba tras haber visitado la isla innumerables veces (e infructuosamente) para intentar localizar sus orígenes. La detallada documentación aportada ayer por la Diputación le puso tras la pista, que completó este diario con una sola llamada a Catalina, residente ahora en Eivissa.

«Mi hermano»

Esta mujer, que lloraba ayer de alegría por el reencuentro, no solo recuerda perfectamente el nombre y los apellidos de Lluís, sino que además lo trata como a alguien más de la familia: «Mi hermano», dice de él. Lo incluye junto a sus otros dos hermanos biológicos y a Lucía, otra niña huérfana catalana que su madre protegió a instancias de Anto-



Catalina Torres se abraza con su hija Lurdes tras hablar con Lluís. J. M. L. R.



Lluís Álvarez en el patio de la Casa de la Caritat. J. M. L. R.

EL DATO

LAS CARTAS DE ISABEL

«Es cierto, mi madre me buscó»

► La documentación que ayer le entregó la Diputación de Barcelona ha despejado otra de las dudas de Lluís Álvarez. En el dossier se encuentran las cartas que su madre enviaba periódicamente a esa institución solicitando información del paradero de su hijo, del que aún no queda claro por qué le separaron al nacer: «Era cierto lo que ella me contaba, era cierto que me había estado buscando. Las cartas lo demuestran», comentaba ayer emocionado. Isabel halló casualmente a su hijo cuando este tenía 21 años.

nia Verdera: «Un día le dijo a mi madre: ‘Sois muy católicos. Así que dadle la vida a esta niña. Si no la acogéis, morirá’ Lucía apenas tenía dos meses». Joan y Catalina quisieron adoptarla: «Pero desde la Diputa-

ción de Barcelona les dijeron que era imposible. A pesar de todo, mi padre la trató como a una hija más y la incluyó en la herencia», aseguraba ayer.

Joan Torres, el *dido* de Lluís, era zahorí, construía norias, hacía carbón y alquitrán en Santa Agnès. De la casa de Can Rei fueron a otra a Sant Mateu, de ahí a otra de Santa Eulària donde estuvo de mayoral y finalmente compró su propio terreno.

«Siempre pensaba en Lluís, en cómo, a pesar de haber pasado siete años con nosotros, no volvía para vernos, cómo no podía acordarse de nosotros», contaba ayer Catalina, que ignoraba que él los había buscado, sin éxito, durante medio siglo. Ayer pudieron hablar por teléfono, un encuentro emocionante tras el que Catalina era un mar de lágrimas. Los clientes de su tienda de Eivissa, conscientes del momento que estaba viviendo, la abrazaban y felicitaban.

La familia de Catalina intentó en una ocasión, a través de un policía, averiguar el paradero de Lluís, pero no tuvieron suerte. Sí hallaron a los padres de Lucía, Pedro y Nieves, pero ella prefirió no contactar con ellos: «Nos dijo que cuando los había necesitado no habían estado a su lado, que nosotros éramos su verdadera familia», según Catalina.

Lluís conoció también ayer otro de los secretos de su vida y de su fisonomía: cómo se hizo la quemadura que tiene a un lado de su cara. «Fui yo –comenta Catalina–. Él estaba sentado en un balancín, le empujé muy fuerte y cayó sobre las cenizas de unas brasas. Una curandera de Santa Agnès le aplicó un ungüento y se curó». Su hermana de leche también recuerda cómo Lluís se rompió un brazo al caer de un muro: «Le curó el doctor Villangómez». Ambas familias han acordado conocerse próximamente en Eivissa.